

VILLAESPESA
—♦♦♦—
EL ALTO
DE LOS
BOHEMIOS

APSODIA

PQ6641
.I6
A58

R. C.



1020028036



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



LIBRARY OF THE
CONGRESS

EL ALTO DE LOS BOHEMIOS

RAFAEL BODIAS

1881

CUARTO VOLUMEN DE OBRAS COMPLETAS

EL ALTO DE LOS BOHEMIOS

RAPSODIAS

(1899-1900)

OBRAS COMPLETAS
DE
FRANCISCO VILLAESPESA

- I.—INTIMIDADES.—FLORES DE ALMENDRO.
II.—LUCHAS. — CONFIDENCIAS.
III.—LA COPA DEL REY DE THULE.—LA MUSA ENFERMA.
IV.—EL ALTO DE LOS BOHEMIOS.—RAPSODIAS.
V.—LAS HORAS QUE PASAN.—VELADAS DE AMOR.

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN IV

FRANCISCO VILLAESPESA

EL ALTO
DE LOS BOHEMIOS.

RAPSODIAS

(1899-1900)

PRÓLOGO DE MANUEL CARDÍA



101033

MADRID
1916

32537

PA 6641

. I6

A58

ES PROPIEDAD



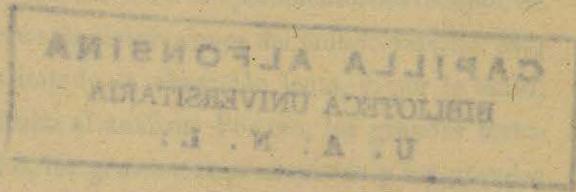
101033

IMP. ENTA DE M. GARCÍA Y G. SÁEZ
MESÓN DE PAÑOS, NÚMERO 8, BAJO

32237



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
PRÓLOGO



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REY
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

En la poesía española de todos los tiempos se nota el predominio del sentimiento sobre la intelectualidad, lo que constituye, al fin, la característica de todas las manifestaciones superiores de los pueblos latinos.

Como una exageración de la sensibilidad y una excitación del temperamento, nos reflejan, en bloque, las impresiones del mundo externo, esto nos impide la absorción lenta, y, por lo tanto, dificulta el análisis. Por eso, los grandes torturados, los grandes impresionistas y los grandes sentimentales salieron de los pueblos latinos, cuyas tendencias más profundas están aún hoy impregnadas de romanticismo. Baudelaire, Espronceda, Leopardi, Anthero de Quental, y antes Santa Teresa de Jesús, Villón y Bernardino Ri-

beiro, no analizaron la vida friamente para urdir sus conceptos filosóficos, sino que juzgáronla bajo un criterio estrechamente subjetivo.

Hacia los que reproducen impresiones de las líneas generales y sencillas de un sentimiento, se dirige, en busca de un lenitivo ó de una fraternidad de emociones, el ansia de la mayoría.

Hay otros, cuya psicología es más refinada, cuya educación sentimental es más compleja, cuya sensibilidad es más enfermiza. Para éstos es más raro el movimiento de simpatía, puesto que están más lejos de las multitudes.

Además, como, en general, la comunicación de los artistas con el público, pasa, desvirtuándose, por el medio refractario de la crítica, las concepciones pierden mucho de su limpidez bajo el peso de las interpretaciones preconcebidas.

Esto sucede con Francisco Villaespesa, que es en España un poeta eminente que no alcanzó aún la popularidad. Sus obras — como en Portugal las de Eugenio de Castro — no transmigraron hasta hoy del círculo restrictivo de los intelectuales hacia el gran público,

Tal distancia existirá por largo tiempo.

La Musa de Villaespesa fué una elegida virgen de los Quattrocentisti, visión casi apagada de un cuadro de Botticelli, atraída para la complicada vida moderna por un soñador de la belleza intangible.

En los fietspeals de Bayreuth aguzaron su sensibilidad emotiva los delirios orquestales de Wagner, y en cultos de paganismo la inició Stephane Mallarmé.

A la puerta de su alcoba, como á la entrada del infierno dantesco, hay también un dístico, aterrador dilema: O rinnovarse ó morire; á la puerta de esa alcoba, donde la Musa casi impuber practica su lujuria sutil y entrega á los extraños los estremecimientos y los escalofríos pecaminosos de su cuerpo...

En su erotismo envuelve todos los tesoros de la tierra; ama por la misma razón los brotes de los árboles y los labios de las mujeres, los sonos de una cítara y el vino de los festines; conmuévase con la misma intensidad delante de un cuadro, de un templo jónico ó un bosque de ro-

sales, como ante una armadura de caballero andante, que le recuerda sagradas cosas muertas sin razón para morir.

Flor de decadencia, indecisa idealización de una estética refinada: he aquí la Musa del poeta. Os la presento tal y como la sentí y escuché en una tarde febril.

Todos los años, desde el 1898, Francisco Villaespesa lanza al público un libro de versos.

Los publicados son, por orden cronológico: «Intimidaciones», «Flores de almendro», «Luchas», «La copa del rey de Thule» y «El alto de los bohemios». En las tres principales etapas marcadas por estas obras, nos depara motivos para interesantes estudios.

Viene primero el estado vacilante y pueril, por el que pasaron todos los grandes poetas.

Con el alma desnuda, entristecida por la rapidez del desencanto, el caminante se encuentra un día solo, sin coraje para continuar la jornada, sin fuerzas para volver atrás. En derredor, la Naturaleza, que todos estos males provocó, consérvase indiferente. Comprobar esta verdad cau-

sa una impresión tan dolorosa á los pobres enfermos, como el espectáculo del Otoño á un pletórico.

Entonces, la voz interior, ruge dentro del pecho; la desgracia ajena no nos afecta, consumidas todas nuestras lágrimas por la desgracia propia. Y esta imposición del yo sobre toda la vida del medio, se exterioriza en fórmulas dogmáticamente pesimistas, si en aquel que sufre predomina la reflexión, ó en el ritmo de lamentaciones impotentes, más consoladoras, si es un sentimental. He aquí la región donde mora Schopenhauer, y aquella otra que habitó Musset. Algunas veces el equilibrio de las dos facultades intégrase en un mismo individuo, y nacen Heine, Oscar Wilde y Anthero de Quental.

Egoísmo y deformación, por lo tanto, en las percepciones de lo ajeno, de todo aquello que es extraño á la criatura, son las características normales del lirismo primitivo y del sentimiento poético en estado rudimentario. Estas son también las predominantes en los dos primeros libros del poeta, cuya obra pretendo definir.

En «Intimidades», las sugerencias son frecuentes; la forma débil no da brillo á las ideas, y mueren ahogados, en imágenes banales, los sutiles conceptos reveladores de un alma atormentada de artista. Vacilante, vaga como un sol de invierno que las nieblas oscurecen, comienza á surgir la Belleza detrás de las concepciones frágiles y vacías.

Leí este libro después de conocer todos los policromos reflejos de las joyas que esmaltan la mejor obra de Villaespesa: «La copa del rey de Thule». Leí con agrado aquellas balbucientes estrofas, no como lector en busca de sensaciones, sino como el naturalista que intenta reconocer en las fibrillas de algún arbusto, el germen del desenvolvimiento de los troncos de algún árbol en plena fuerza.

Desde que aceptamos principios pesimistas, si no nos resignamos al escepticismo ó á cualquier otra manera de ser pasiva, comienza á darse en nuestro espíritu una aberración crítica que nos hace suponer antagonismos entre todo lo que es espontáneo y natural en el individuo, y todo lo

que es corolario de las necesidades de armonía individual ó social. La teoría de los conflictos, en los filósofos evolucionistas, se deriva de este error.

Tórnase entonces el pesimismo, por decir así, militante. Esto en la filosofía ó en la poesía.

Obedeciendo á esta reacción lógica, Villaespesa escribió «Luchas»... ¡Y qué generoso temperamento de luchador! En este libro hay aún un extremo personalísimo: todos los fenómenos del mundo externo los ve el poeta por acción refleja, como reproducción de sus fenómenos íntimos. El dice á su musa:

Eternamente cruzarás la tierra,
mi corazón llevando por carroza
y mis fogosos versos por corceles!

Y en la poesía titulada «Bohemia» defínese con precisión.

Un grupo de compañeros van interrogando á su alma, esprimiendo sus ambiciones.

—¿Y tú? — me preguntaron —. Y yo, inmóvil,
permanecí en silencio,

contemplando las vírgenes desnudas
de los frescos del techo,
que, ocultas entre el humo del tabaco,
mostraban, silenciosas, sonriendo,
las muertas esmeraldas de sus ojos
y las marchitas rosas de sus senos.

Es el contemplativo, el soñador, que, á pesar de estar ocupado por la lucha, vuelve siempre á entregarse á sí mismo, á abandonarse á sus cualidades esenciales, porque Villaespesa, en su libro, no podía al fin sofocar dotes ingénitos, tal vez atávicos.

Es curioso determinar— y «Luchas» nos da todas las bases— la personalidad moral de este poeta. Vimos que él era un individualista. En primer lugar, por ser un lírico; después, por haber abrazado el pesimismo, y, últimamente, por su temperamento de contemplativo.

En los últimos tiempos los individualistas trazaron los siguientes caminos:

- 1.º El culto del Yo, predicado por Barrés y resuelto en un ideal de unificación.
- 2.º La aristocratización de la fuerza libre

(Nietzsche, Max Stirner), terminando en una autocracia cesariana.

— El instinto domina al intelecto.

3.º El Ibsenismo ó teoría de la voluntad consciente.

4.º La Síntesis del transformismo espiritua-
lista (E. Schuré, Maeterlink).

— La verdad guiada por la energía.

No es mi intento estudiar aquí estas cuatro corrientes principales de la intelectualidad contemporánea, cuyo análisis ocuparía muchos volúmenes. Baste decir que las dos primeras son disolventes y tienden hacia el aniquilamiento, y que las segundas representan fórmulas de acuerdo con todas las modernas ideas de finalidad.

¿Cuál de ellas fué la seguida por Villaespesa?

Con certeza podemos decir: todas. Como D'Annunzio, el poeta español se siente atraído hacia la disciplina moral, hacia la realización de la belleza sobre la vida interior, hacia la sensualidad estéril y hacia el despotismo al mismo tiempo.

Esto lo prueba él en los tercetos «A una mu-

jer», en la poesía «El camino», en el citado trozo de «Bohemia» y en «Pindarica».

El orgullo de un constructor que tiene la certeza de vencer, le da apariencias de optimismo. Y, sin embargo, «Luchas» se cierra con estos versos:

Y entonces grito con el alma entera,
al ver que me abandonan en la lucha,
á la esperanza que se va: — ¡Detente!
Y al entusiasmo que se aleja: — ¡Espera!...
¡Pero ninguno de los dos me escucha!

Ya está perfectamente determinada la moral del poeta; toda su actividad no es más que una desesperación motivada por el deseo ansioso de no morir.

No cree en nada de lo que le cerca; apenas tiene fe en sí, y á veces hasta ésta le falta. Es un extático.

Llegado al último estado, expresado en «La copa del rey de Thule» y en «El alto de los bohemios», su talento vese en plena florecencia, ataviado de imágenes ricas y copiosas, transfor-

mado en símbolos nobles que velan sus sentimientos y sus ideas en las parábolas más bellas que conozco. En estos libros hay una estética definida, y son en ellos fecundísimas y originales las teorías filosóficas.

MANUEL CARDÍA.

Lisboa, Mayo 1903.

Quando en Julio de 1903 se suicidó en Lisboa el joven escritor Manuel Cardia, entre los originales que dejó inéditos figuraba el siguiente fragmento, que publicaron algunos diarios portugueses, y que yo coloco al frente de esta colección de poesías, como homenaje al gran espíritu del artista.—(NOTA DEL AUTOR.)